



GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Aracataca (1927) - México DF (2014)

García Márquez es considerado el escritor hispanoamericano más influyente del siglo XX por ser el máximo exponente del “boom” latinoamericano y por ganar el premio Nobel de literatura en 1982. Las vivencias personales configuran el entorno en el que se desarrolla toda su literatura. Es el máximo exponente del realismo mágico.

CONTEXTO HISTÓRICO

- **1900s.** Guerra de los mil días
- **1928.** La masacre de las bananeras
- **1948.** El Bogotazo
- **1953.** Golpe de estado de Rojas Pinilla.
- **Años 60.** La violencia

ESTILO

El estilo de García Márquez viene influido por su profesión de periodista, permitiéndole hacer un uso magistral de la palabra. Uno de los puntos fuertes de su estructura narrativa es la **distorsión del tiempo**, tanto a nivel verbal como argumental. Destaca sobre todo en la capacidad de observación de la realidad.

IMPORTANCIA

El **premio Nobel le permitió un reconocimiento mundial** que fue aprovechado para dar a conocer a otros autores hispanoamericanos. Además, su valor como escritor nacional le permitió mediar entre gobierno y guerrillas durante la era de La Violencia. Su opinión pública influyó significativamente en el pueblo colombiano en materia de defensa de los derechos del pueblo y lucha por la paz.

OBRA

La obra de García Márquez está marcada por la situación política del país, así como por las experiencias vivenciales de sus abuelos y tíos. Dichos factores crean el caldo de cultivo de su novela más importante: **Cien años de soledad (1967)**.

Si bien tiene otros títulos como

- El coronel no tiene quien le escriba (1961)
- El otoño del patriarca (1975)
- Crónica de una muerte anunciada (1981)
- Amor en los tiempos del cólera (1985)

lo cierto es que giran en torno al mismo universo literario que aparece en Cien años de soledad: la ciudad de Macondo, sus habitantes y sus guerras.

MOVIMIENTO LITERARIO

A diferencia de otros autores hispanoamericanos que ahondan en diferentes estilos de escritura, García Márquez es un escritor eminentemente realista y puede ser considerado el paradigma del **realismo mágico**.

Texto 3

Cien años de soledad

(Colombia, 1967)

Nota: La novela debe leerse entera y seguida, pues es la puerta a un mundo complejo, lleno de personajes y de historias que van hilando una trama profunda y circular. Cien años de soledad representa también la historia de Colombia, por lo que pueden verse de manera clara todos los períodos de su historia, desde que fue un territorio virgen hasta que acabó destruido por las guerras sinsentido entre liberales y conservadores. Sin embargo, también representa la historia de una familia, lo que hay adentro de las puertas y lo que lleva a cada familiar ser lo que es. Ambos elementos, individual y colectivo, crean un resultado imposible de apreciar si no se lee al completo. Por esta razón, se ha escogido un fragmento que puede descontextualizarse sin necesidad de entender el hilo principal de la historia y se han añadido notas a pie de página.

La peste del insomnio

Pasmada de terror, atribulada por la fatalidad de su destino, Visitación¹ reconoció en esos ojos los síntomas de la enfermedad cuya amenaza los había obligado, a ella y a su hermano, a desterrarse para siempre de un reino milenario en el cual eran príncipes. Era la peste del insomnio. Cataure, el indio, no amaneció en la casa. Su hermana se quedó, porque su corazón fatalista le indicaba que la dolencia letal había de perseguirla de todos modos hasta el último rincón de la tierra. Nadie entendió la alarma de Visitación. «Si no volvemos a dormir, mejor —decía José Arcadio Buendía², de buen humor—. Así nos rendirá más la vida.» Pero la india les explicó que lo más temible de la enfermedad del insomnio no era la imposibilidad de dormir, pues el cuerpo no sentía cansancio alguno, sino su inexorable evolución hacia una manifestación más crítica: el olvido³. Quería decir que cuando el enfermo se acostumbraba a su estado de vigilia, empezaban a borrarse de su memoria los recuerdos de la infancia, luego el nombre y la noción de las cosas, y por último la identidad de las personas y aun la conciencia del propio ser, hasta hundirse en una especie de idiotez sin pasado. José Arcadio Buendía, muerto de risa, consideró que se trataba de una de tantas dolencias inventadas por la superstición de los indígenas. Pero Úrsula, por si acaso, tomó la precaución de separar a Rebeca de los otros niños. Al cabo de varias semanas, cuando el terror de Visitación parecía aplacado, José Arcadio Buendía

¹ Visitación es princesa de una tierra olvidada junto a su hermano Cataure. Ambos sirven ahora en la casa de los Buendía, la familia protagonista.

² Es el padre del clan de los Buendía. Había sentido fascinación por los gitanos, en especial por uno llamado Melquíades, desde que habían llegado a Macondo con inventos del mundo: el hielo, los dientes...

³ Gabriel García Márquez pertenece al realismo mágico, por lo que su fuente de inspiración no es la imaginación, sino la memoria. Así lo adolece en su última obra, "En agosto nos vemos", escrita afectado por el alzhéimer.

se encontró una noche dando vueltas en la cama sin poder dormir. Úrsula, que también había despertado, le preguntó qué le pasaba, y él le contestó: «Estoy pensando otra vez en Prudencio Aguilar⁴.» No durmieron un minuto, pero al día siguiente se sentían tan descansados que se olvidaron de la mala noche. Aureliano comentó asombrado a la hora del almuerzo que se sentía muy bien a pesar de que había pasado toda la noche en el laboratorio dorando un prendedor que pensaba regalarle a Úrsula el día de su cumpleaños⁵. No se alarmaron hasta el tercer día, cuando a la hora de acostarse se sintieron sin sueño, y cayeron en la cuenta de que llevaban más de cincuenta horas sin dormir.

—Los niños también están despiertos —dijo la india con su convicción fatalista—. Una vez que entra en la casa, nadie escapa a la peste.

Habían contraído, en efecto, la enfermedad del insomnio. Úrsula, que había aprendido de su madre el valor medicinal de las plantas, preparó e hizo beber a todos un brebaje de acónito, pero no consiguieron dormir, sino que estuvieron todo el día soñando despiertos. En ese estado de alucinada lucidez no sólo veían las imágenes de sus propios sueños, sino que los unos veían las imágenes soñadas por los otros. Era como si la casa se hubiera llenado de visitantes⁶. Sentada en su mecedor en un rincón de la cocina, Rebeca⁷ soñó que un hombre muy parecido a ella, vestido de lino blanco y con el cuello de la camisa cerrado por un botón de aro⁸, le llevaba un ramo de rosas. Lo acompañaba una mujer de manos delicadas que separó una rosa y se la puso a la niña en el pelo. Úrsula comprendió que el hombre y la mujer eran los padres de Rebeca, pero aunque hizo un grande esfuerzo por reconocerlos, confirmó su certidumbre de que nunca los había visto. Mientras tanto, por un descuido que José Arcadio Buendía no se perdonó jamás, los animalitos de caramelo fabricados en la casa seguían siendo vendidos en el pueblo. Niños y adultos chupaban encantados los deliciosos gallitos verdes del insomnio, los exquisitos peces rosados del insomnio y los tiernos caballitos amarillos del insomnio, de modo que el alba del lunes sorprendió despierto a todo el pueblo. Al principio nadie se alarmó. Al contrario, se alegraron de no dormir, porque entonces había tanto que hacer en Macondo que el tiempo

⁴ En la tierra no existió la muerte hasta que José Arcadio Buendía mató a Pedro Aguilar, su amigo, por una pelea de gallos. Esta muerte lo acompañará hasta su muerte a través de los sueños.

⁵ En la casa de los Buendía hay un pequeño cuarto que José Arcadio Buendía montó para que Melquíades, el gitano, pudiera crear sus invenciones. Aureliano es el hijo de José Arcadio Buendía, y es el protagonista de la novela (el coronel Aureliano Buendía). Mucho tiempo después de la guerra, Aureliano será encerrado para siempre en el laboratorio haciendo pescaditos de oro para olvidar todas las muertes.

⁶ Muestra de realismo mágico.

⁷ Rebeca fue una niña que apareció un día en la puerta de la casa de los Buendía con una bolsa de huesos. Éstos resultaron ser los de sus padres. Los Buendía la adoptaron como una más, y con el tiempo descubrieron su extraña afición a comer tierra del suelo y cal de las paredes. Fue quien trajo la peste.

⁸ Se refiere al liquilique, el vestido militar tradicional de los hombres en Colombia. El propio autor recogió el premio Nobel en 1982 vestido así.

apenas alcanzaba. Trabajaron tanto, que pronto no tuvieron nada más que hacer, y se encontraron a las tres de la madrugada con los brazos cruzados, contando el número de notas que tenía el valse de los relojes. Los que querían dormir, no por cansancio, sino por nostalgia de los sueños, recurrieron a toda clase de métodos agotadores. Se reunían a conversar sin tregua, a repetirse durante horas y horas los mismas chistes, a complicar hasta los límites de la exasperación el cuento del gallo capón, que era un juego infinito en que el narrador preguntaba si querían que les contara el cuento del gallo capón, y cuando contestaban que sí, el narrador decía que no había pedido que dijeran que sí, sino que si querían que les contara el cuento del gallo capón, y cuando contestaban que no, el narrador decía que no les había pedida que dijeran que no, sino que si querían que les contara el cuento del gallo capón, y cuando se quedaban callados el narrador decía que no les había pedido que se quedaran callados, sino que si querían que les contara el cuento del gallo capón, Y nadie podía irse, porque el narrador decía que no les había pedido que se fueran, sino que si querían que les contara el cuento del gallo capón, y así sucesivamente, en un círculo vicioso que se prolongaba por noches enteras. Cuando José Arcadio Buendía se dio cuenta de que la peste había invadido el pueblo, reunió a los jefes de familia para explicarles lo que sabía sobre la enfermedad del insomnio, y se acordaron medidas para impedir que el flagelo se propagara a otras poblaciones de la ciénaga⁹. Fue así como se quitaron a los chivos las campanitas que los árabes cambiaban por guacamayas y se pusieron a la entrada del pueblo a disposición de quienes desatendían los consejos y súplicas de los centinelas e insistían en visitar la población. Todos los forasteros que por aquel tiempo recorrían las calles de Macondo tenían que hacer sonar su campanita para que los enfermos supieran que estaba sano. No se les permitía comer ni beber nada durante su estancia, pues no había duda de que la enfermedad sólo se transmitía por la boca, y todas las cosas de comer y de beber estaban contaminadas de insomnio. En esa forma se mantuvo la peste circunscrita al perímetro de la población. Tan eficaz fue la cuarentena, que llegó el día en que la situación de emergencia se tuvo por cosa natural, y se organizó la vida de tal modo que el trabajo recobró su ritmo y nadie volvió a preocuparse por la inútil costumbre de dormir. Fue Aureliano quien concibió la fórmula que había de defenderlos durante varios meses de las evasiones de la memoria. La descubrió por casualidad. Insomne experto, por haber sido uno de los primeros, había aprendido a la perfección el arte de la platería. Un día estaba buscando el pequeño yunque que utilizaba para laminar los metales, y no recordó su nombre. Su padre se lo dijo: «tas». Aureliano escribió el nombre en un papel que pegó con goma en la base del yunquecito: tas. Así estuvo seguro de no olvidarlo en el futuro. No se le ocurrió que fuera aquella la primera manifestación del olvido,

⁹ Actualmente, municipio en la costa caribeña de Colombia que recibe el mismo nombre.

porque el objeto tenía un nombre difícil de recordar. Pero pocos días después descubrió que tenía dificultades para recordar casi todas las cosas del laboratorio. Entonces las marcó con el nombre respectivo, de modo que le bastaba con leer la inscripción para identificarlas. Cuando su padre le comunicó su alarma por haber olvidado hasta los hechos más impresionantes de su niñez, Aureliano le explicó su método, y José Arcadio Buendía lo puso en práctica en toda la casa y más tarde la impuso a todo el pueblo. Con un hisopo entintado marcó cada cosa con su nombre: *mesa, silla, reloj, puerta, pared, cama, cacerola*. Fue al corral y marcó los animales y las plantas: *vaca, chivo, puerca, gallina, yuca, malanga, guineo*. Poco a poco, estudiando las infinitas posibilidades del olvido, se dio cuenta de que podía llegar un día en que se reconocieran las cosas por sus inscripciones, pero no se recordara su utilidad. Entonces fue más explícito. El letrero que colgó en la cerviz de la vaca era una muestra ejemplar de la forma en que los habitantes de Macondo estaban dispuestos a luchar contra el olvido: *Ésta es la vaca, hay que ordeñarla todas las mañanas para que produzca leche y a la leche hay que hervirla para mezclarla con el café y hacer café con leche*. Así continuaron viviendo en una realidad escurridiza, momentáneamente capturada por las palabras, pero que había de fugarse sin remedio cuando olvidaran los valores de la letra escrita. En la entrada del camino de la ciénaga se había puesto un anuncio que decía *Macondo* y otro más grande en la calle central que decía *Dios existe*¹⁰. En todas las casas se habían escrito claves para memorizar los objetos y los sentimientos. Pero el sistema exigía tanta vigilancia y tanta fortaleza moral, que muchos sucumbieron al hechizo de una realidad imaginaria, inventada por ellos mismos, que les resultaba menos práctica pero más reconfortante. Pilar Ternera fue quien más contribuyó a popularizar esa mistificación, cuando concibió el artificio de leer el pasado en las barajas como antes había leído el futuro¹¹. Mediante ese recurso, los insomnes empezaron a vivir en un mundo construido por las alternativas inciertas de los naipes, donde el padre se recordaba apenas como el hombre moreno que había llegado a principios de abril y la madre se recordaba apenas como la mujer trigueña que usaba un anillo de oro en la mano izquierda, y donde una fecha de nacimiento quedaba reducida al último martes en que cantó la alondra en el laurel¹². Derrotado por aquellas prácticas de consolación, José Arcadio Buendía decidió entonces construir la máquina de la memoria que una vez había deseado para acordarse de los maravillosos inventos

¹⁰ Al principio de la novela nadie sabe quién es Dios. Un buen día llega a Macondo un señor que se llama a sí mismo Padre Nicanor Reyna hablando de alguien que es superior a todos nosotros. Todo el mundo le sigue el juego porque ven que así se siente feliz. A medida que avanza la novela, la religión empieza a arraigarse en Macondo hasta ser la semilla de la guerra.

¹¹ Pilar Ternera había sido la lectora de cartas de la familia Buendía. Esta lectura de las cartas parece jugar con lo lógico-ilógico, pero en realidad habla de lo necesario. Recuperar es algo humanamente más urgente que conseguir. Cuando el pasado se olvida, el futuro deja de tener sentido.

¹² Cuento infantil. Da a entender que la ambigüedad de las lecturas del futuro se aplican ahora al pasado

de los gitanos. El artefacto se fundaba en la posibilidad de repasar todas las mañanas, y desde el principio hasta el fin, la totalidad de los conocimientos adquiridos en la vida. Lo imaginaba como un diccionario giratorio que un individuo situado en el eje pudiera operar mediante una manivela, de modo que en pocas horas pasaran frente a sus ojos las nociones más necesarias para vivir¹³. Había logrado escribir cerca de catorce mil fichas, cuando apareció por el camino de la ciénaga un anciano estrafalario con la campanita triste de los durmientes, cargando una maleta ventruda amarrada con cuerdas y un carrito cubierto de trapos negros. Fue directamente a la casa de José Arcadio Buendía. Visitación no lo conoció al abrirle la puerta, y pensó que llevaba el propósito de vender algo, ignorante de que nada podía venderse en un pueblo que se hundía sin remedio en el tremedal del olvido. Era un hombre decrepito. Aunque su voz estaba también cuarteada por la incertidumbre y sus manos parecían dudar de la existencia de las cosas, era evidente que venían del mundo donde todavía los hombres podían dormir y recordar. José Arcadio Buendía lo encontró sentado en la sala, abanicándose con un remendado sombrero negro con plumas de cuervo, mientras leía con atención compasiva los letreros pegados en las paredes. Lo saludó con amplias muestras de afecto, temiendo haberlo conocido en otro tiempo y ahora no recordarlo. Pero el visitante advirtió su falsedad. Se sintió olvidado, no con el olvido remediable del corazón, sino con otro olvido más cruel e irrevocable que él conocía muy bien, porque era el olvido de la muerte. Entonces comprendió. Abrió la maleta atiborrada de objetos indescifrables, y de entre ellos sacó un maletín con muchos frascos. Le dio a beber a José Arcadio Buendía una sustancia de color apacible, y la luz se hizo en su memoria. Los ojos se le humedecieron de llanto, antes de verse a sí mismo en una sala absurda donde los objetos estaban marcados, y antes de avergonzarse de las solemnes tonterías escritas en las paredes¹⁴, y aun antes de reconocer al recién llegado en un deslumbrante resplandor de alegría. Era Melquíades¹⁵.

¹³ Referencia al fatalismo de la Ilustración y su concepción de “El gran cilindro del Mundo” (Cándido).

¹⁴ Como si se despertara de un sueño, José Arcadio Buendía es curado del olvido gracias a Melquíades. Pese a la situación aparentemente mágica, no deja de ser una situación real, en la que una persona que se encuentra con un malestar anímico (depresión, por ejemplo) aprende a convivir con su malestar hasta que lo naturaliza. García Márquez trabaja muy bien los ritmos del tiempo, por lo que el proceso de sanación de un malestar lo resuelve con una pócima, pero la verdadera solución al problema del insomnio no ha sido el contenido del brebaje, sino el reencuentro con Melquíades, que había sido el motor de todas las cosas que habían llevado a José Arcadio Buendía a ser quien era: líder de Macondo.

¹⁵ Melquíades es el personaje que mueve la historia. Al principio se le presenta en vida, pero tras su muerte reaparece varias veces y cada vez lo hace de manera más simbólica. Su aparición siempre representa un cambio: desde los dientes postizos que hacen que José Arcadio Buendía quiera ser inmortal hasta el hielo que representa la identidad del coronel Aureliano Buendía. Es muy interesante ver que aquí su aparición es narrativamente épica. No se revela su nombre hasta el final, pero si se lee la novela se intuye que puede ser él, pese a que se había asegurado su muerte hace tiempo. Es una manera magistral de romper con el horizonte de expectativas del lector: aquello que no está puede estar, y aquello que está puede olvidarse para siempre.